

ta del serrallo para vomitar las sangrientas cabezas de los visires y aun de los sultanes. Pasamos aquella puerta sin obstáculo; el público entra en el primer patio del serrallo, que está plantado de hermosos árboles y baja por la izquierda á un magnífico edificio, que es la casa de la moneda; construccion moderna, sin ningun carácter oriental. Los armenios directores de la moneda, nos recibieron muy bien, y nos abrieron las arcas donde se guardan las joyas que hacen fabricar para el serrallo:—lluvia de perlas y de diamantes, ¡pobres riquezas que arruinan un imperio! Apenas un Estado se civiliza, esas representaciones ideales de la riqueza se truecan en una riqueza real y productiva, la tierra y el crédito. Despues de una breve parada, entramos en el último patio del serrallo, inaccesible á todo el mundo, excepto á los empleados del serrallo, y á los embajadores en los dias de su recepcion; le rodean varias alas de palacios y kioskos, separados unos de otros, habitaciones de los eunucos, de los guardias y de los esclavos; todo está lleno de árboles y fuentes. Cuando llegamos á la tercera puerta, los soldados de guardia debajo de la bóveda rehusan obstinadamente dejarnos entrar. En vano Rustem-Bey se hizo reconocer por el oficial turco que mandaba el piquete, pues le opuso su consigna, y le dijo que espondria su cabeza si me dejaba penetrar. Ya nos volviámos muy cabizbajos cuando se nos llegó el kesnedar ó tesorero

mayor, que salia de la casa de moneda é iba al serrallo donde vive: amigo de Rustem-Bey, entró en conversacion con él, é informado de lo que nos pasaba, nos dijo que le siguiésemos, y nos introdujo sin ninguna dificultad en el patio de los icoglanes. Forman este patio, menos espacioso que los primeros, varios pequeños palacios en forma de kioskos, muy bajos de techo, sustentados por columnitas ó pilares morunos de madera pintada: las columnas, los pilares, las paredes y los techos son tambien de madera labrada y pintada de varios colores. Los patios y jardines, formados por los vacios que dejan entre sí los kioskos, irregularmente diseminados en el espacio, están plantados irregularmente tambien, de árboles hermosísimos y en extremo añosos; sus ramas caen sobre los edificios y cubren los tejados y las azoteas. Forman el ala derecha de esas construcciones las cocinas, que son inmensas. Para formarse idea de la magnitud de este edificio, basta saber que el sultan mantiene á todas las personas dependientes de la corte y del palacio, y que este número de comensales asciende por lo menos á diez mil por dia.

Delante de las cocinas hay un lindísimo palacio, rodeado de una galería ó pórtico, que es el de los pages ó icoglanes del serrallo, donde el gran-señor mantiene y hace educar á los hijos de las familias de su corte, ó á jóvenes esclavos destinados á los

empleos del serrallo ó del imperio. Este palacio, que sirvió en otro tiempo de residencia á los sultanes, está decorado por fuera y por dentro con una profusion de cinceladuras, de esculturas y de molduras doradas de muy buen gusto; los techos son tan ricos como los de los mas hermosos palacios de Francia ó de Italia: los pisos son de mosaico. Está dividido en varias salas, casi iguales, y todas obstruidas à derecha é izquierda, con nichos y sitios de madera tallada, muy parecidos á las mejores sillerías de los coros de nuestras antiguas catedrales. Cada una de ellas forma el cuarto de un icoglan; en el fondo hay una tarima donde recoge sus cojines y sus alfombras, y donde sus vestidos están colgados ó metidos en un cofre de madera dorada:—encima de los sitios se estiende una especie de tribuna saliente que contiene otros tantos sitios como la sala inferior; todo ello está iluminado por claraboyas ó ventanillas abiertas en lo alto del edificio. Los jóvenes icoglanes, que todos eran antiguos discípulos de Rustem-Bey, le recibieron con la mayor alegría y con una verdadera ternura, cual á un padre querido y por largo tiempo esperado. El excelente corazon de aquellos mucháchos le conmovió á punto de arrancarle lágrimas, y hasta á mí mismo me conmovian aquellas muestras tan espontáneas y francas de cariño y gratitud; todos le cogian las manos y besaban los faldones de su levita.

—¡Rustem-Bey! Rustem-Bey! exclamaban, y todos acudian à recibir a su amigo, palpitando de júbilo é impaciencia, colmándole de caricias, y diciéndole ya unos, ya otros: Rustem-Bey ¿por qué nos abandonas hace tanto tiempo? Tú eras nuestro padre, y no podemos vivir sin tí: todo cuanto sabemos, te lo debemos a tí. Alá y el sultan te han enviado para hacer de nosotros unos hombres, porque antes no éramos mas que esclavos é hijos de esclavos. El nombre de los Osmanlis era una injuria, un sarcasmo en Europa; ahora sabremos defenderle y honrarle, pero dí al sultan que te envíe otra vez con nosotros; ya no estudiamos, y nos consumimos de tedio y de tristeza.

Cinco ó seis de aquellos mancebos, de rostro agraciado, franco, inteligente, admirable, nos cogieron de la mano y nos llevaron por todas partes: luego pasamos á su sala de recreo, que es un kiosko rodeado de divanes y de fuentes que caen de las paredes en copas de mármol; una escalera, labrada en el grueso de las paredes, conduce á las piezas de servicio, donde una multitud de esclavos, á las órdenes de los icoglanes, tiene continuamente lumbre encendida para las pipas y café, como tambien sorbetes y bebidas heladas para ellas. En este salon hay toda especie de juegos; algunos estaban jugando al ajedrez. Hiciéronnos servir sorbetes y helados; y, tendidos en el divan, hablamos

largamente de sus estudios y de sus adelantos, de la política de Europa, del destino del imperio, sobre todo lo cual discurrían perfectamente; temblaban de indignación pensando en su estado actual, y hacían votos por el triunfo del sultán en sus empresas de innovaciones; jamás he visto un ardor más vivo por la regeneración de un país que el que inflamaba los ojos y las palabras de aquellos mancebos. No palpitan con más entusiasmo los jóvenes italianos á quienes se habla de independencia y de luces: — sus ojos brotaban fuego mientras les hablábamos. Los de más edad podían tener de veintidos años; los menores de doce á trece. Escepto en el hospicio militar de los huérfanos de la marina en Greenwich, nunca he visto caras más admirables que las de algunos de aquellos muchachos; — no querían dejarnos salir y nos acompañaron hasta donde les está permitido ir, por todos los jardines, patios y kioskos circunvecinos. Uno ó dos lloraron al separarse de Rustem-Bey. Entre tanto el kesnedar había ido á dar órdenes á los eunucos y guardas de los jardines y de los palacios para que nos dejasen circular y nos introdujesen donde quisiésemos. — En el fondo del patio, un poco más lejos que el patio de los icoglannes, un ancho palacio nos cerraba la vista y el paso: este segundo palacio, que es el que habitan los sultanes, está rodeado, como los otros que acaba-

mos de visitar, de una galería formada por una prolongación de los tejados: — en esta galería desembocan las puertas y las infinitas ventanas de las habitaciones: el palacio no tiene más que un piso bajo. Entramos en las grandes salas que sirven de vestíbulo y dan entrada á las diferentes piezas. Este vestíbulo, muy irregular, es un laberinto formado por los pilares que sustentan los techos y dan nacimiento á vastos corredores circulares para el servicio de las habitaciones. Los pilares, los techos, las paredes, todo es de madera pintada y tallada en el gusto moruno. Las puertas de las estancias imperiales estaban abiertas, y vimos muchas de ellas, todas casi iguales en la disposición y ornato de los artesonados: todas tienen cúpulas caladas de madera ó de mármol, por donde penetra una templada luz, anchos y bajos divanes al rededor de las paredes, ventanas á cosa de medio pié sobre el nivel del piso, que dan sobre los patios, las galerías, los terrados y los jardines, — alfombras, esteras y almohadones: — á esto se reducen todas ellas. En el lado del palacio opuesto á la fachada por donde entramos, hay una gran meseta á manera de azotea, hecha de piedra y enlosada de mármol, sobre la cual se alza un hermoso kiosko, donde se sienta el sultán cuando recibe á los embajadores, y que parece una capillita moruna: desde él se disfruta una vista deliciosa de Constantinopla, del puerto, del mar de Mármara.

ra y del Bósforo: en la galería abierta entre este kiosko y el palacio hay varias fuentes de mármol con hermosos surtidores. Es un paseo encantador; las ramas de los arbustos y de los rosales de los jardincillos que cubren los terrados inferiores, ras-trean sobre las barandas y embalsaman el palacio. Penden de las paredes algunas pinturas en mármol y en madera que representan vistas de la Meca y de Medina, que eexaminé con suma curiosidad. Estas vistas son como unos planos sin perspectiva, y perfectamente conformes á lo que refiere Alí-Bey (1) de la Meca, de la Kaaba, y de la disposicion de los varios monumentos sagrados de la ciudad santa, que prueban que este viagero fué realmente á visitarlos. Lo que dice de la galería circular que rodea el area de las diferentes mezquitas, se halla comprobado en estas pinturas, donde se ve aquel pórtico que recuerda el de San Pedro de Roma.

Siguiendo la meseta del palacio, á la izquierda, se llega, por un estrecho balcon sostenido por altos terrados, al harem ó palacio de las sultanas, que estaba cerrado á la sazón, y solo contenía un corto

(1) Acaso no todos nuestros lectores sabrán que este Alí-Bey fué un célebre y sabio viagero español del siglo pasado, llamado D. Domingo Badia, que recorrió gran parte de Asia y de Africa, logrando pasar por turco bajo aquel nombre: tan familiarizado llegó á estar con la lengua y los usos de los musulmanos.

número de odaliscas. No nos acercamos mas á aquel recinto vedado.—Únicamente vimos las ventanas enrejadas, y los deliciosos balcones rodeados tambien de verjas y de persianas entretrejidas con flores, donde pasan las mugeres los dias contemplando los jardines, la ciudad y el mar. Desde donde estábamos veíamos una multitud de jardincillos rodeados de paredes de mármol, regados por abundantes surtidores, y dispuestos con la mayor simetría, á los que se baja por unas escaleras, y que comunican unos con otros: algunos tienen elegantes kioskos; allí es donde se pasean y disfrutan de la naturaleza las mugeres y los niños del harem.

Llegamos á la cuesta del serrallo, al punto donde empieza á bajar hácia el puerto y hácia el mar de Mármara, que es el terreno mas elevado de este sitio, único en el mundo, y desde donde abarca la vista todas las colinas y todos los mares de Constantinopla. Largo rato nos detuvimos allí, disfrutando una perspectiva inversa de la que he descrito desde lo alto del belveder de Pera. Mientras estábamos en aquel terrado del palacio, dió la hora de la comida, y vimos pasar una muchedumbre de esclavos que llevaban sobre la cabeza grandes bandejas de estaño en que iba la comida de los oficiales, de los empleados, de los eunucos y de las mugeres del serrallo. Asistimos á varias de aquellas comidas, compuesta de *pilós*, de aves, de hu-

bés, especies de albondiguillas hechas con arroz y carne picada, asadas en una hoja de parra, de panecillos y de un vaso de agua. Donde quiera que el esclavo encontraba á su amo, allí servia la comida, ya en un rincon de una sala del palacio, ya en el terrado, á la sombra del tejado, ya en los jardines, á la sombra de un árbol, junto á una fuente.

Vino el kesnedar á buscarnos, y nos llevó al kiosko donde vive, enfrente del tesoro del serrallo. Este tesoro, donde están sepultadas tantas riquezas incalculables, desde la creacion del imperio, es un gran edificio de piedra, precedido de un pórtico cubierto, y muy poco elevado; las puertas son bajas y las estancias subterráneas; enormes arcas de madera pintada de colorado contienen las monedas de oro y plata. Todas las semanas se saca cierta cantidad para el servicio del imperio. No solicitamos entrar, pero se dice que además del metálico en oro y plata, este *kesné* contiene montones de perlas y diamantes, lo que es muy probable, atendida la costumbre que tienen los sultanes de depositar en este sitio todas sus riquezas y de no recurrir á ellas sino en los últimos apuros del estado; pero como estos valores en piedras preciosas no son mas que convencionales, si el gran-señor quisiese beneficiarlos vendiéndolas, disminuiria su precio á causa de la profusion de ellas, que introduciria en el comercio, y este recurso, que parece inmenso para su hacienda, es tal vez ilusorio.

El kesnedar, hombre franco, jovial y discreto, me introdujo en la habitacion que ocupa, y en la que hallé por primera vez, en Turquía, algun lujo de muebles y de comodidades á la europea: los divanes eran altos y estaban cubiertos de almohadones de seda; habia mesas, aparadores, y en ellos, libros, mapas y un globo terraqueo. Nos trajeron dulces y sorbetes: hablamos de las artes y de las ciencias de Europa comparadas al estado de los conocimientos humanos en el imperio otomano. El kesnedar me pareció tan instruido y escento de preocupaciones como un europeo. Todo lo comprendia; deseaba el triunfo de Mahmud en sus tentativas de mejoras; pero viejo ya, y habiendo pasado su vida en los empleos de mayor confianza del serrallo, bajo cuatro sultanes, esperaba poco y se resignaba filosóficamente al porvenir, viviendo tranquilo y solitario en el fondo de aquel serrallo abandonado. Hízome muchas preguntas sobre todo,—filosofía, religion, poesía, creencia popular de Europa, régimen de los diferentes estados, monarquías ó repúblicas,—política, táctica, á todo pasó revista con una rectitud de juicio, un tino y una sensatez de reflexiones que claramente me manifestaron que estaba oyendo á uno de los hombres mas instruidos del imperio.—Trájome una esfera y su globo terraqueo, y quiso que le esplicase los movimientos de los astros y las divisiones de la tierra: de todo tomó nota y verdaderamente pare-

cia encantado de lo que oía: luego me rogó que me quedase á cenar y á pasar la noche con él. Mucho trabajo nos costó resistir á sus instancias, y no pudimos vencerlas sino diciéndole que mi muger y mis amigos, que sabian que yo me hallaba en el serrallo, estarian en la mayor inquietud si no me veian volver.

—Vd. es en efecto, me dijo, el primer franco que ha puesto aquí los piés, y esta es una razon para que sea tratado como amigo. El sultan es grande y Alá vela por todos! Acompañónos hasta las escaleras interiores que bajan, desde la meseta ó terrado del palacio del sultan, al laberinto de jardincillos del harem, de que ya he hablado, y nos confió al cuidado de un gefe de bostangis, que nos hizo pasar de kiosko en kiosko, de terrado en terrado, todos llenos de flores y de fuentes, hasta la puerta de una alta tapia que separa los palacios interiores del serrallo de los grandes prados exteriores. Allí nos hallamos al pié de los enormes plátanos que se alzan á mas de cien piés de altura contiguos á las tapias y á los encumbrados balcones del harem: mas allá hay árboles frutales y grandes huertos cultivados por esclavos negros, cuyas cabañas están debajo de los árboles: numerosos arroyos riegan estos irregulares plantíos. No léjos del harem hay un antiguo y magnífico palacio de Bayaceto, abandonado á las yedras y á los pájaros nocturnos, todo de piedra, y de admirable arquitectura árabe.

No seria difícil restaurarle y entónces valdria él solo tanto como todo el serrallo; pero la tradicion asegura que le habitan los espíritus infernales, y ningun Osmanli penetra en él. Como estábamos solos, entré en dos galerías subterráneas de aquel hermoso palacio, atestadas de escombros; las tapias y las escaleras me parecieron de primoroso trabajo. Llegado que hubimos á una puerta de las tapias del antiguo serrallo, retrocedimos, siguiendo un bosque de plátanos, sicomoros y cipreses, los mas corpulentos que he visto en mi vida, y dimos vuelta á los jardines exteriores que nos condujeron hasta las orillas del mar de Mármara, donde hay dos ó tres magníficos palacios que los sultanes habitan en verano: las habitaciones se abren sobre la corriente del canal, y de continuo las refresca la brisa. Mas lejos, se alzan sobre collados de césped pequeñas mezquitas, kioskos y estanques rodeados de antepechos de mármol y sombreados por gigantescos árboles. Allí nos sentamos entre las flores y las sonoras fuentes: teniamos á nuestras espaldas las altas paredes del serrallo, y delante, una pendiente de césped que remataba en el mar; entre el mar y nosotros se alzaba una cortina de cipreses y de plátanos, por entre los cuales entreveiamos las olas del mar de Mármara, las islas de los príncipes, los buques á la vela, cuyos mástiles se deslizaban de uno á otro árbol; Scútari, enrojecido por los rayos del sol en Occidente; las doradas cimas del monte

de los Gigantes, y las cumbres de nieve de los montes de Frigia que servian de marco á aquel divino cuadro.

Tal es el interior de este misterioso recinto, la mas deliciosa habitacion de la tierra,—escena de tantos sangrientos dramas, donde nació y se robustió el imperio otomano; pero donde no quiere morir, porque desde la destruccion de los jenizaros, el sultan Mahmud ya no le habita. Hombre de costumbres sueves y dado á los placeres, esas manchas de sangre de su reinado le repugnan; acaso tambien no se cree aquí seguro en medio de la poblacion fanática de Stambul, y prefiere tener un pié en el Asia y un pié en su armada, en sus treinta palacios de las orillas del Bósforo. El carácter general de esta admirable residencia no es ni la grandeza, ni la comodidad, ni la magnificencia; su carácter es el del pueblo turco,—la inteligencia y el amor de la naturaleza. Este instinto de los sitios hermosos, de los mares esplendentes, de las sombras, de las fuentes, de los horizontes inmensos ceñidos por nevadas cumbres, es el instinto predominante de este pueblo:—en él se siente el perenne recuerdo de un pueblo pastor y labrador que se complace en acordarse de su origen, y cuyos gustos todos son sencillos é instintivos. Este pueblo ha colocado el palacio de sus señores, su ciudad imperial, en la falda de la mas hermosa colina que hay en todo el imperio, y acaso en el mundo

entero. Este palacio no tiene ni el lujo exterior, ni las misteriosas delicias de un palacio de Europa; no tiene mas que vastos jardines, donde las árboles crecen libres y eternos como en una selva vírgen, donde las aguas murmuran, donde arrulla las palomas; estancias llenas de ventanas siempre abiertas; azoteas sobre los jardines y el mar, y enrejados kioskos, donde los sultanes, sentados detras de sus persianas, pueden disfrutar juntamente de la soledad y del encantado aspecto del Bósforo. Lo mismo sucede por do quiera en Turquía; emperador y pueblo, grandes y pequeños, no tienen mas que una necesidad, mas que un sentimiento, en la eleccion y el arreglo de sus viviendas,—disfrutar la vista de un hermoso horizonte,—ó si la situacion y la pobreza de la casa lo impiden, tener por lo menos un árbol, pájaros, palomas, un cordero, en un rincon de tierra al rededor de su cabaña. Así es que donde quiera que hay un sitio elevado, sublime, gracioso, indefectiblemente se hallan una mezquita, un santón, un caserío; no hay un punto bello en la orilla del Bósforo, un collado, un risueño golfo de la costa de Asia y de Europa, donde un bajá ó un visir no haya construido una quinta ó plantado un jardin. Sentarse á la sombra, delante de un magnífico horizonte, con una frondosa enramada sobre la cabeza, con una fuente al lado; con la campiña ó el mar á la vista, y allí pasar las horas ó los dias embebecido en una vaga y silen-

ciosa contemplacion, tal es la vida del musulman: esta aficion esplica la disposicion de sus habitaciones;—ella esplica tambien por que este pueblo permanece inactivo, hasta que alguna gran pasion le subleva y le vuelve su energía nativa, que deja dormir en su pecho, pero que nunca pierde. No es locuaz como el àrabe; hace poco caso de los placeres del amor propio y de la sociedad; los de la naturaleza le bastan;—contempla, medita y hace oracion. Es un pueblo de filósofos; todo lo saca de la naturaleza, todo lo convierte á Dios. Dios está sin cesar en su mente y en sus labios, y no como una idea estéril, sino como una realidad palpable, evidente, práctica. Su virtud es la adoracion perpetua de la voluntad divina; su dogma, la fatalidad. Con esta fé, se conquista al mundo; y se pierde con la misma facilidad y con la misma indiferencia.

Salimos por la puerta que da sobre el puerto, y entro en el hermoso kiosko, situado en el muelle, à donde viene á sentarse el sultan cuando parten sus escuadras ó vuelven de alguna espedicion, y saludan al paso à su señor.

22 de Junio.

Dos de mis amigos me dejan y salen para Europa: me quedo solo en Buyukderé con mi muger y M. de Capmas.

25 de Junio.

Hemos pasado dos dias en Belgrado, aldea situada en medio de la selva de este nombre, à cuatro leguas de Constantinopla;—inmenso robredal que cubre una serie de colinas entre el Bósforo y el mar de Mármara, à igual distancia de ambos, y que se prolonga casi sin interrupcion hasta los Balkans;—sitio tan agreste y gracioso como cualquier bosque de Inglaterra, con un lindo pueblecillo griego construido en un ancho valle en mitad de la espesura;—praderas arcades:—un rio entre los árboles:—magníficos lagos artificiales, formados entre las colinas mas altas para retener las aguas y surtir las fuentes de Constantinopla. Recibimos la mas amable hospitalidad de M. y madama Aleon, banqueros franceses establecidos, de padre à hijo, en Constantinopla, que poseen una deliciosa quinta en Buyukderé, y una casa de caza en Belgra-

do,—familia escelente, en quien la elegancia de los hábitos, la elevacion de los sentimientos, la discrecion y el tacto se unen á la gracia y afectuosa sencillez del Oriente. Otra sociedad enteramente francesa encuentro en Constantinopla en casa de M. Salzani, hermano de mi banquero de Esmirna, hombre de bien, amable é instruido, que nos trata como á compatriotas y amigos. En general, la sociedad franca de Constantinopla, compuesta de los empleados en las embajadas y en los consulados de los dragomanes y de los comerciantes de las diferentes naciones europeas, es muy superior á su reputacion. Constituida en pueblo pequeno, tiene los defectos de los pueblos de provincia, chismes y envidias,—pero hay probidad, instruccion, elegancia y mucha hospitalidad con los estrangeros. Aquí se está al corriente de cuanto pasa en Europa, como en Viena ó en Paris, y se participa mucho del movimiento vital que anima al Occidente. Hay hombres de mérito, y mugeres apreciables por todos conceptos. Reuniones he visto en Pera, en Terapia, en Buyukderè, en que hubiera podido uno creerse en los mas brillantes salones de nuestras capitales de Europa, á no tender la vista sobre el Bósforo ó sobre el Cuerno de Oro que relucia, al pié de los jardines, entre las hojas de los árboles.

29 de Junio 1833.

Excursion á las aguas dulces de Europa.—En el fondo del puerto de Constantinopla, las colinas de Eyub y las que sustentan á Pera y á Gálata se acercan insensiblemente, y no dejan mas que un estrecho brazo de mar entre las dos orillas;—á la izquierda se estiende el arrabal de Eyub con su mezquita, adonde van los sultanes en la época de su advenimiento al trono, á ceñir el sable de Mahoma, emblema de sangre, consagracion de la fuerza, religion del despotismo musulman. Esta mezquita se alza graciosamente encima de las pintadas casas del arrabal, y la cima de sus minaretes va á confundirse en el horizonte con las altas murallas griegas arruinadas de Constantinopla: en la orilla se estiende un hermoso palacio de los sultanes: las ventanas están al nivel del agua, y las anchas copas de los árboles del jardín señorean el tejado y se reflejan en el mar. Mas allá, el mar no es ya mas que un rio que pasa por entre dos praderas, llenas de colinas, de jardines y de arbolados, donde algunos zagales búlgaros tañen sus caramillos, sentados en los peñascos, pastoreando sus manadas de caballos y de cabras:—luego el rio no es en fin mas que un arroyo, en cuyas dos márgenes se ro-

zan los remos de los caiques, y donde oponen frecuentes obstáculos à la navegacion las raices de los hermosos olmos que se cruzan en las orillas. Una espaciosa dehesa, à que dan sombra robustos grupos de plátanos, se estiende à la derecha; à la izquierda se alzan frondosas colinas, y en el fondo, la vista se pierde entre las verdes é irregulares columnatas de los árboles que sombrean el arroyo y serpean con él. Así acaba el hermoso puerto de Constantinopla; así acaba el grande, bello y tempestuoso Mediterráneo:—siguiéndole hasta el cabo, encalla uno en una sombría ensenada, en el fondo de un golfo de verdura, en un banco de yerba y flores, lejos del ruido y del movimiento del mar y de la ciudad. ¡Oh! cuán bien acabaria de esta suerte la vida de un hombre! ¡Plegue à Dios dar un fin como éste à la vida de mis amigos que se agitan y brillan hoy en el teatro del mundo!

Silencio despues del bullicio, dulce oscuridad despues de una gran luz, descanso despues de la agitacion;— un nido de sombra y de soledad para recapacitar sobre la vida pasada, y morir en paz y en amistad con la naturaleza y los hombres.

¿Qué mas se puede apetecer? Yo por mí, ni aun esto, ni nada pido; mi soledad no seria ni tan bella, ni tan dulce.

Salgo del caique, y sigo las márgenes del arroyo hasta un blanco kiosko que diviso entre los ár-

boles. Junto à cada tronco veo un grupo de mugeres turcas y armenias, que rodeadas de hermosos niños que juegan sobre la yerba, están comiendo à la sombra por todo el prado se ven caballos de montar, ricamente enjaezados, árabes, y carruages de Constantinopla tirados por bueyes. Preceden y rodean al kiosko un canal y varios estanques, en que nadan cisnes. Los jardines son pequeños, pero el prado entero es un jardin. Aquí solia venir en otro tiempo el sultan actual à pasar las estaciones calurosas, atraido à esta deliciosa morada, porque era la que preferia una odalisca favorita. El amor habia penetrado en aquel corazón, despues de las matanzas del Almeidan, y en medio de las sensualidades del harem:—la hermosa odalisca murió aquí. Desde entónces, Mahmud ha abandonado este sitio encantado;—es fama que muchos dias visita la sepultura de la odalisca.

Paso un dia en el fondo del valle, à la sombra de los árboles.

Versos escritos à V. . . .

3 de Julio.

Esta mañana me embarqué para Constantinopla. Subí la corriente del Bósforo, entré en el mar de Mármara, y despues de haber seguido por espacio de dos horas las tapias exteriores que separan á Stambul de este mar, desembarqué al pié del castillo de las Siete Torres: no teníamos ni *tesheré*, ni guia. Despues de muchas dificultades, los soldados turcos nos dejaron entrar en el primer patio de este castillo de sangre, adonde, arrastrados por el populacho, iban los sultanes destronados á esperar la muerte, que nunca tarda cuando el pueblo es juntamente juez y verdugo. Seis ó siete cabezas de emperadores degollados han rodado sobre estas escaleras: millares de cabezas mas vulgares han cubierto las almenas de esta torre. El guarda rehusa dejarnos pasar mas adelante: miéntras va á pedir órdenes al comandante del castillo, se entreabre la puerta de una sala baja y abovedada en la torre oriental; doy algunos pasos, oigo un rugido que hace vibrar la bóveda, y me hallo frente a frente con un soberbio leon amarrado, que se abalanza sobre un hermoso galgo que me seguia: por fortuna logra este escaparse y se refugia entre mis piernas:—el leon se ponía de manos como para

tirarse á nosotros; pero la cadena le sujetaba junto á la pared. Salí y cerré la puerta. El guarda vino á decirme que espondria su cabeza si me introducía mas adelante, por lo que hube de retirarme, y salí del recinto de la ciudad por una puerta de los antiguos muros, que comunica con la campiña. Los muros de Constantinopla arrancan del castillo de las Siete Torres, sobre el mar de Mármara, y se estienden hasta las cimas de las colinas que cubren el arrabal de Eyub, hácia la estremidad del puerto en las aguas dulces de Europa,—ciñendo de esta suerte toda la ciudad antigua de los emperadores griegos, y la ciudad de Stambul de los emperadores turcos, por el único lado del triángulo que no protege el mar: por este lado nada defenderia á Constantinopla mas que las insensibles pendientes de sus colinas, que van á rematar en una hermosa llanura cultivada. Allí se construyó esa triple hilera de murallas, en que se estrellaron tantos asaltos, y detras de las cuales se creyó por tanto tiempo seguro el miserable imperio griego. Esas admirables murallas ecsisten todavia, y son, despues del Paternon y de Balbek, las mas magestuosas ruinas que atestiguan el asiento de un imperio. Esta mañana las seguí en toda su longitud por la parte exterior:—son unos terrados de piedra, de cincuenta á sesenta piés de elevacion, y á veces de quince á veinte piés de anchura, tan tersos y blan-

cos en algunos puntos; cual si acabara de labrarlos el cincel del artífice:—me separan de ellos unos antiguos fosos llenos de escombros y de tierra vegetal, donde han echado raíces, hace siglos, multitud de árboles y de plantas parietarias, que forman un impenetrable glacis, ó mas bien una selva vírgen de treinta ó cuarenta piés de anchura, llena de nidos de pájaros y poblada de reptiles. A veces esta selva oculta enteramente los muros y las torres cuadradas que la flanquean, ó no deja ver mas que las mas altas almenas: á veces tambien la muralla aparece en toda su altura, y reverbera, con un brillo dorado, los rayos del sol; la festonean en su borde superior brechas de todas formas, de donde desciende la verdura como en las quebradas de los montes, y va á confundirse con la de los fosos. Casi en todas partes corona su cima un frontal de espesa vegetacion que forma como un aéreo edificio de yedra y enredaderas. De trecho en trecho, del centro de las torres cegadas con piedras y polvo, se lanza un plátano ó un ciprés;—el peso de sus ramas y de sus hojas, y los vendabales que baten de continuo esos árboles, inclinan sus troncos hácia el Mediodia, cargados de nidos de una multitud de pajarillos. De cuarto en cuarto de hora se encuentra una torre, de magnífica construccion, de que arrancan enormes bóvedas que van á rematar en otra torre, formando puertas y arcos antiguos. La mayor parte de estas puertas están tapiadas en la

actualidad, y la vegetacion, que todo lo ha invadido, tapias, puertas, almenas, cubos y torreones, forma en estos sitios los mas singulares y hermosos ayuntamientos con las ruinas y las obras del hombre. Hay planos de yedra que bajan de lo alto de las torres, como pliegues de inmensas capas; hay enredaderas que forman puentes de verdura de cincuenta piés de arco de brecha á brecha; hay pensiles de alelíes, sembrados en paredes perpendiculares, que el viento mece sin cesar como olas de flores; millares de arbustos forman almenas de hojas y de colores diversos.—De todo ese conjunto salen bandadas de pájaros, cuando se tira una piedra á las tapias entapizadas de verdura ó á los abismos de vegetacion que hay en los fosos. Vimos sobre todo una multitud de águilas que habitan en las torres, y se ciernen todo el dia al sol encima de sus nidos, &c.

Julio.

Seguimos pasando la misma vida solitaria en Buyukderé: al anochecer nos paseamos por el mar ó por el valle de las Rosas.

Visitas de M. Truqui todas las semanas: los buenos corazones tienen en sí una virtud que consuela. Dios les ha dado el único bálsamo que ec-